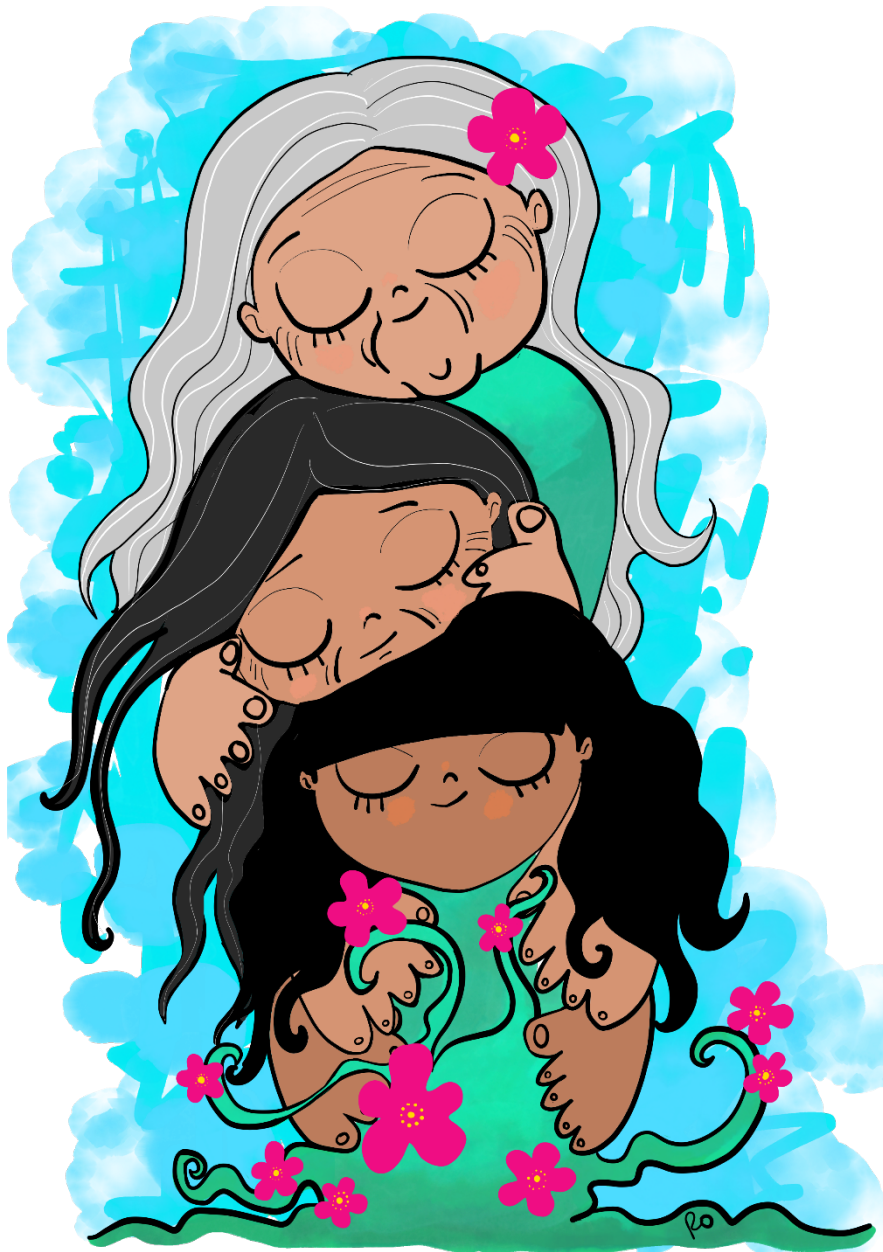


Mafül

(Abrazo)



Cin Wololo
Ro Ferrer
Lenny Cáceres

Mafül significa: abrazo con el cuerpo. Efectivo, amoroso y profundo.

Textos: **Cin Wololo**

Ilustración: **Ro Ferrer**

Idea y edición: **Lenny Cáceres**

Presentación: **Carlos Gossio**

Publicación de Diario Digital Femenino. <https://diariofemenino.com.ar>



Presentación

El abrazo de la triple diosa

Los abrazos de las mujeres son abrazos sabios, intensos, comprometidos. Los abrazos de las mujeres tienen el valor de haber sorteado las trampas infinitas de la historia. Esos abrazos, capaces de articular el tiempo y de proteger perpetuamente a la humanidad, son el tejido de amor perfecto para aventurarte en un salto al vacío, mientras con un guiño del alma te asiste una ronda de brujas sabias, que te muestran el camino y que pueden hacer la paz de maneras que jamás imaginaste. ¡¿Cómo no prendarnos con esa imagen de la triple diosa (doncella, madre y anciana), que nos promete, desde su ancestralidad, un compromiso de amor infinito?! ¡¿Cómo no celebrar esa sensibilidad batalladora, que usa de lanza un pañuelo y de escudo la amorosa resistencia?!

Hoy nos encontramos con un cuadernillo que nos cuenta las verdades de la emoción, que son las verdades trascendentes.

Letras que son flores de las ramas espontáneas. Ramas que son caminos que nacen abrevando de diversas aguas. Y en cada imagen, un resumen, una síntesis que habla.

Cin, Ro, Lenny... Son las creadoras audaces que provocan, que permiten, que comulgan con una sororidad atrevida y completa para que estén todas; para que todas se sientan parte; para que todas sean creadoras y diosas de un mundo que les pertenece en la responsabilidad, pero también en la felicidad y en el goce. Porque además de la misión de abolir cualquier prejuicio y restablecer derechos, el amor es el hilo que cose todos los tejidos de la manta de abrigo necesario que nos regala el feminismo.

Y tan generosas son, que me entregan la responsabilidad de presentar la comunión sin iglesia de este trabajo que hicieron... A mí, un varón sin más mérito que trabajar en el desprendizaje mientras disfruto de sus conquistas.

Ro, Lenny, Cin... Mientras les agradezco y celebro, me entrego en los permisos que este trabajo nos muestra, y quedo en medio de la explosión de su arte, disfrutando un campo minado de posibilidades e ideas.

Lenny, Cin, Ro... Mientras gozo del permiso de presentar lo que hicieron, me hago parte de ese amor inteligente que libra "batallas que nadie sabe", entendiendo que "sanar es el camino, es saber ir para adentro, abrazarse, perdonarse". Y con palabras que no son mías pero tampoco son ajenas, les dejo este convite de abrazos que nos une en un plan único y trascendente; en un plan de ser sin medida y sin explicaciones; en un plan inclusivo, incluyente, diverso y amoroso, como establece el origen antiguo de lo que somos... y nos hemos olvidado ser.

Carlos Gossio

1

Con el tiempo fui aprendiendo...

A saber pedir perdón cuando es necesario.

A aceptar mis equivocaciones y tratar de cambiar algo.

A mostrar mi lado vulnerable aun con todo lo sufrido.

A agradecer las críticas cuando son amables y no violentas; las primeras, construyen.

A cuestionarme todas las veces que sea necesario.

A aceptar que, a veces, puedo tener un mal día.

A no comparar el dolor, tampoco la alegría.

A no joder al de al lado.

A no dejarme apurar por la violencia de quien no sabe resolver las cosas de otro modo.

A intentar no opinar de aquello que no sé.

A seguir de largo cuando algo no me interesa.

A no confrontar en donde lo que pueda decirse no lleve a crecer un poco.

A asumir que no soy más que una simple aprendiz.

A perdonarme.

A aceptarme.

A abrazar mí sombra.

A intentar ser lo más honesta posible conmigo misma.

A sacar mis propias conclusiones.

A no quedarme callada.

A permitirme enojarme.

A poner un freno donde mi vida es invadida.

A permitirme estar triste.

A no guardarme jamás un "te amo", aunque no sepa si es mutuo.

A poder ver que quien juzga todo el tiempo en realidad se está confesando.

A hacerme cargo de mis decisiones.

A aprender mucho de quienes amo y hablan con el corazón.

A valorar gestos y no cosas.

A decirle a alguien todo lo hermoso que veo en su manera de ser.

A dar las gracias todas las veces que puedo.

A intentar cada día estar más cerca del camino a casa

y cuando digo casa,

hablo de la casa del corazón.

A jugármela con todo lo que soy

y a amar, con todo lo que llevo puesto,

hasta el último de mis días.

2

Ojalá te puedas ir ante el primer acto violento.

Ojalá puedas salir de donde te tratan mal, te minimizan, te menosprecian.

Ojalá seas independiente económicamente para que nadie te obligue a negociar tu necesidad con tu deseo.

Ojalá te des cuenta al primer acto de violencia pasiva o enmascarada y prestes mucha atención.

Ojalá sepas que los celos no son amor.

Ojalá no estés soportando en silencio.

Ojalá puedas gritar cuando más lo necesites,

pero ojalá no necesites gritar nunca.

Ojalá seamos muchas las que estemos para la otra.

Ojalá todas tengamos con quien contar.

Ojalá nos podamos ir todas...

a tiempo.

3

Cuando nos soltamos y decidimos dejarnos caer, no caemos para abajo.

Cuando nos soltamos caemos para adentro.

Caer es entrar, es volver, es enfrentar lo que por un tiempo dejamos guardado en el placard, como ese saco gris que conservamos por las dudas pero que, sabemos, no nos vamos a poner nunca más, hasta que un día aceptamos que no lo necesitamos.

Caer es ver todo negro y -¡mierda!-para animarse a ver hay que pasar las sombras.

A las sombras no se las banca cualquiera, a las sombras se las evita por miedo a haberse quedado sin la piedra en el bolsillo para hacer una chispita, y volver a ver otra vez, lo que en un momento preferimos evadir.

Porque sí. Todos evadimos a veces, hasta que la verdad se nos sale por los ojos.

Cuando nos soltamos vamos en picada al centro, y en el centro está todo el corazón en carne viva esperando para reprocharnos las veces que lo hicimos sangrar cuando pegaba un rasguño para que le hiciéramos caso.

A veces somos cagones.

A veces no.

Por suerte, no.

Caer es volver, abrazar, oler esas lágrimas viejas que se están evaporando como el rocío cuando finalmente sale el sol.

Es finalmente mirarse, pegarse un abrazo, dejarse de joder y dejar de escapar.

Escapar de nosotros mismos.

Cuando nos soltamos caemos para adentro.

Y ahí es refugio.

Y ahí no entra nadie que no sepa leer con los ojos cerrados.

Ni siquiera podés entrar vos sin antes quitarte las vendas.

No es joda aprender a quitarse las vendas, ¿sabés?

A algunos les da miedo hasta encandilarse con el sol.

Por la falta de costumbre.

El mundo detrás de cada persona.

¿Nunca te pasó de ir en el colectivo, pensar en las personas que viajan, en sus miradas y flashear historias?

Imagina que te pudieras sentar un ratito con cada una de ellas y que te contaran algo: ¿cómo fue su día? ¿Qué le preocupa? ¿Qué le da ilusión?

A veces pienso cuántas veces fuimos a trabajar sin poder con el mundo, disimulando las lágrimas, con el alma agotada.

Cuántas veces necesitamos hablar con alguien y no dijimos nada.

Cuántas nos preocuparon cosas que para los demás eran insignificantes.

Cuántas veces llegamos a un lugar y pusimos una sonrisa o le regalamos a alguien palabras que no teníamos ni para nosotros.

Siempre me detengo a ver los rostros de esa gente, la que pierde la mirada en la ventanilla o en sus rodillas o la mismísima nada.

Siempre me pregunto si tendrán la bendición de contarle a alguien lo que les pasa o si se meterán para adentro como bicho bolita.

A mí siempre se me pierde la mirada cuando algo me preocupa mucho y, a veces, no sé cómo ponerlo en palabras, ni a quién explicarle lo que ni yo entiendo.

Y ahí me veo desde afuera, sentada en el colectivo, mirando la nostalgia inexplicable de los demás... en el espejo.

5

Debo admitir que siempre habitó en mí una dificultad para aceptar los grises.

Casi como un reclamo escuché tantas veces la frase: -Para vos es todo blanco o negro.

Y no.

Para mí es todo blanco, negro, o de colores.

Pero, ¿gris? No me puedo encontrar ahí, tiene sabor a "mitad de camino".

Gris como el cielo cuando no es de noche ni hay sol.

Gris como el saco que se deshilachó en el sillón aquella tarde de julio esperando ser usado en el momento oportuno, o como ese abrazo que no fue con total entrega.

Gris como la canción que no te emociona, como el mate cebado por costumbre, como las palabras dichas que se pierden antes de ser un hecho.

No es una cuestión de rebeldía, ni siquiera estoy afirmando que disfrute sentir de esa manera, hasta creo que sería más sencillo amar los grises.

Pero no sé cómo.

En mi corazón siempre hay una gran luz blanca en forma de esperanza, también hay una nube negra en forma de nostalgia, y hay un montón de colores que proclaman la alegría.

Sé amar con todo o irme.

Sé abrir la puerta o cerrarla.

Pero en el medio, ahí donde no se arriesga, donde la vida se adormece,

ahí, no quiero nada.

Imaginate un mundo donde puedas ser vos sin tener que explicar todo.

Donde no haya parámetros que medir, ni lugares donde encajar.

Donde puedas hablar de vos, de tus miedos, tus fortalezas, de esas cosas que no le contás a nadie, de esas cosas que te hacen ser tan increíblemente vos aunque sientas que, a veces, no encajen en ningún lugar.

Imaginate un mundo donde no tengas que cubrir las expectativas de nadie, ni ser de determinada manera, ni vender nada.

La única manera que encuentro de cambiar un poco el mundo es decirles a los que amo que estoy ahí, pero estar con lo que de verdad implica esa palabra.

Imaginate un mundo en el que puedas hablar de lo que te da vergüenza.

Hay un lugar donde no comprás y no vendés y donde hay unos ojos que te miran entendiendo todo.

Imaginate un mundo menos careta, un mundo donde poder decir lo que te pasa en el corazón.

Un mundo, una trinchera, con esa gente que amás y que te ama. ¿Los imaginaste a ellos? Yo sí.

Somos un montón valorando a esa gente que hace la diferencia y que no vive fingiendo ser algo que jamás será. Agradezco las miradas transparentes y los corazones honestos.

Si tenés a alguien así en tu vida, agradecé. Son personas de tierra fértil entre tanto plástico.

Quizás no tengas idea de cuánto tu palabras le pueden mimar el corazón.

Yo anoche miré los ojos más transparentes del mundo y reforcé mi trinchera, el mundo en que quiero estar.

7

Todavía siento el frío que hacía el día en que nos mudamos.

Un frío que parecía entrar por los poros en forma de rocío

aunque, sin embargo,

era primavera.

Hoy sentí ese mismo frío y un olor extraño en el aire.

Ese olor a galpón abandonado que tienen las cosas viejas.

Baúles de la memoria.

Y me pregunto cuáles son las razones por las que, a veces, elegimos sentir frío, ir contra nuestro propio deseo incluso sin percibirlo, callando al cuerpo y al alma que nos dicen: "por favor, no te quedes en ese lugar".

A veces nos quedamos y le hacemos hueco en el rincón donde nos apretamos para ver si nos alcanza un rayo de sol.

Sin embargo, sigue haciendo frío.

Sin embargo afuera es primavera.

Dejé pasar más de cinco estaciones.

Y todas empezaban igual.

Y todas parecían no terminar nunca.

Prendí fuego al galpón.

Me llevó poco tiempo juntar los restos que mi propio conformismo había dejado en el piso.

Hasta que comprendí que los baúles que lo habitaban tenían trabas.

Romperlas era imposible. Dicen que cuando algo se cierra por dentro por fuera solo lo abre el amor y de amor no había nada hacía mucho tiempo.

Nunca lo hubo.

Maquillé la palabra para justificar la presencia.

Pero la presencia era ausencia pura.

Todavía siento el frío que hacía el día en que nos mudamos, lo sentí en un recuerdo de esos que la vida nos tira para que no olvidemos qué caminos no volver a transitar.

Pero cuando me encontré en mi abrazo, en mis rincones y en mi gente querida,

sentí el olor a primavera.

El olor a campito y a la casita del árbol.

Hoy sentí el olor a primavera

en pleno invierno.

Nunca más en la vida,

mientras tenga memoria,

dejaré mi jardín

por lugares en los que jamás

podrían crecer las flores.

“No llores”-nos dicen de chiquitos cada vez que nos duele algo.

Como si aguantar las lágrimas evitara el dolor.

Lloramos porque estamos vivos, porque el mundo a veces es un lugar inhóspito, porque perdimos a alguien querido.

Lloramos, incluso, porque amamos o, mejor dicho, porque extrañamos (no sé si existen lágrimas más hermosas que esas).

Lloramos para limpiar y tantas veces lloramos-como dice Benedetti- por todas las cosas que no lloramos en su debido momento.

Hay lágrimas que están llenas de vida, llenas de historias, de recuerdos, de olor a guiso, a leña o a lluvia.

Lágrimas llenas de vida porque al salir sanan el cuerpo, como las palabras que no deben ser guardadas.

Llorares un acto de valentía en un mundo endurecido que a veces pareciera estar perdiendo la ternura.

10

Cruzar la puerta

abrir el alma

no guardar nada para después

esperar

solamente donde haya esperanza

llorar lo necesario

acurrucarse en un rincón

cantarle una plegaria a la luna

agradecerle al sol

hacer un nido cálido

con el desorden de la cabeza

ofrecer el corazón

como si fuera lo único en el mundo

que puede salvarnos de la muerte.

11

Deseo llegar al final de este camino

con la claridad de poder escuchar a mi corazón intacta,

con la capacidad de poner en duda todo lo que digan, incluso los que creen que saben.

Deseo llegar al final de este camino

con la libertad de actuar de acuerdo a lo que siento

con la soberanía inmutable de mi alma, mi corazón y mi cuerpo que desconocen la palabra cobardía.

Deseo llegar al final de este camino

con estas ganas imparables,

arrebatadas y rebeldes,

de seguir amando con todo lo que soy,

sin protocolos

ni banderas rotas.

Seguir amando, con todo lo que soy, como un tornado suave que no necesita arrancar hojas en el camino porque sabe besar los árboles.

Deseo llegar al final de este camino

amando con todo lo que soy

de la única manera que conozco

con el corazón abierto

hasta el último de mis días.

Armé mi universo como quise, sin prestar tanta atención a los que "saben" lo que está bien o está mal, el corazón sabe mucho más de eso y siempre me resultó sano sacar mis propias conclusiones.

Ordené mis planetas como me dio la gana, nadie dijo que los necesitaba alineados.

Hay un mundo maravilloso dentro del propio "caos", ese mundillo imperfecto que nos creamos con el tiempo, con unos cuantos meteoritos desafortunados encima.

Armé mi mundo como me pintó, dejé de compararme, dejé de querer encajar en la historia de manual y empecé a ver quién era en verdad.

Amé mi desorden, amé esa elección de quemarme por acercarme al sol, o de quedarme flotando en el medio de la nada cuando estuve llena de dudas.

Amé esa incertidumbre y esa capacidad de cambio que me hizo adaptar una y otra vez a la vida sin dejarme vencer.

Amé mi manera de construir mi mundo y acepté la multiplicidad de galaxias, donde algunas se parecerán pero nunca serán iguales a otras.

¡Armé mi universo como quise!

Y soy muy feliz cuando alguien quiere pegarse una vuelta por mi mundo pero aceptando que el otro también tiene el suyo.

Soy feliz en mi orden/desorden.

Soy feliz con lo que puedo hacer.

Que los demás hagan lo que les dé la gana, se llenen el cielo de estrellas, de meteoritos o de nebulosas.

Pero yo,

hago del mío lo que quiero.

Que poquita gente hay de esa que podés dejarle tu alma para que la cuide sabiendo que nunca te va a lastimar.

Que poquita -pero que valiosa-esa gente que hace coincidir lo que dice con lo hace y con lo que es.

Si sabés que tenés a alguien así cerca, cuidalo mucho para siempre.

A veces no nos damos cuenta de muchas cosas y otras veces, otras veces, nos damos cuenta de más cosas de las que podríamos imaginar.

Que poquita hay de esa gente que no lleva y trae, ni genera discordia, ni intenta manejar lo que sentís.

Cuánta gente hay de esa que quiere verte "crecer" siempre y no se sienta mal si crecés más que ella.

A mí me gusta la gente que quiere de verdad.

Que poquita hay de esa gente.

Que poquita hay de esa gente que se alegra, que no busca rebajarte, ni hacerte dudar, ni subestimarte.

Que poquita hay de esa gente que te pregunta cómo estás, porque posta quiere saber la respuesta, que poquita de esa gente hay que no busca sacar ventaja, que no te ama cuanto más podés dar.

Gente que te ama siempre, aun cuando no tenés nada.

Que fortuna tengo yo de tener cerca esa poquita gente donde refugiarme cuando siento que el mundo se pone choto y muchos andan moviendo piezas para armarse lo que les quede mejor, sin pensar a quien tiran en el camino.

Que fortuna tengo yo de saber quiénes si y quiénes no.

Que fortuna tengo yo de, a pesar de las dudas, generalmente poder ver la diferencia.

Si tenés a alguien cerca que es de esta poquita gente, asegurate bien de saber que tiene un valor incalculable pero jamás un precio.

Hay batallas que nadie sabe,

segundos en los que sentís que se te suelta la mano que te aferra al universo y solo querés dejarte caer.

Hay días que te quedás sin escudo y sin espada, completamente en bolas, cagándote de frío.

Que gritás en silencio, gritás con los ojos, pero pareciera que nadie se da cuenta.

Hay días en que sentís que se rompen todos los puentes que construiste y se quiebran todos los árboles que plantaste.

Hay días en los que morís cuarenta veces y siempre volvés a aferrarte a la vida.

Hay batallas que nadie ve y que no contás, porque al ponerlas en palabras se hacen realidad, como los pibes cuando se tapan los ojos porque piensan que así están escondidos.

Hay batallas largas que duran mil noches, que te cagan a palos y te dejan caminando con los ojos chinos pero no de risa sino porque te molesta la luz.

El simple roce de una hoja te deja en carne viva.

Dejás que las cosas pasen, que todo se acomode un poco, de a poco, no sabés cómo ni cuándo, solo confiás. Sabés que ya lo viviste, sabés que siempre, de alguna manera, te aferrás a vos.

Y ahí vas, un paso más, despacito, un poco más, y cuando te querés dar cuenta, ya estás vestida de viento, con los ojos brillantes de saber, que siempre que la vida te lleva, es para enseñarte algo, y que si no nos cayéramos nunca, nunca nos podríamos levantar.

Creemos que tenemos que sanar como si eso fuera una meta y el no hacerlo: un impedimento para vivir.

Creemos que tenemos que cerrar la herida como si nunca pudiéramos llegar a un lugar cálido con la cicatriz a medias.

Creemos que es obligación cerrar duelos como si no hubiera ausencias que se quedan para siempre y, por eso, de algún modo son presencia.

Confundimos lo que significa ir para adentro para encontrarnos con quedarnos ahí sin saber vincularnos sanamente con los otros porque es más fácil que abrir el alma y arriesgarse a volar un poco.

Y yo camino, vivo, intento y creo que podemos correr contra el viento aunque haya cosas que no podamos destrabar del todo.

Yo caminé con heridas que sangraban y sin miedo a abrirlas más por arriesgar a lo incierto.

Yo caminé con fantasmas que por años no me dejaron de asustar y aun así apagué la luz para buscar estrellas.

Atravesé duelos tan largos como diez inviernos y aun así pude llenarme los ojos de primaveras.

A veces nos hacen creer que la sanación es una meta, un trofeo, el último escalón de la iluminación.

Me pregunto: ¿acaso no es sanar el saber reír en la tormenta?

Para mí, la sanación es el camino.

Me asusta el concepto de que todo en la vida se trate de lograr algo.

Se cumplen sueños en el intento de vivir, todo el tiempo, en un día donde la risa se apodera del tiempo.

Se cumplen sueños en un abrazo, en una canción, en las palabras de un amigo.

Se sana cumpliendo sueños, todo el tiempo, toda la vida.

Aunque no todo tenga respuestas.

Aunque haya heridas que a veces vuelven a abrirse un poco.

Aunque haya pérdidas que hagan hueco para siempre.

No compro una fórmula de un alta para las tristezas de la vida.

Para mí sanar es hacerle honor a la vida, es levantar como bandera la esperanza.

Para mí sanar es seguir amando en medio de la guerra.

Sanar es el camino, es saber ir para adentro, abrazarse, perdonarse.

Pero también es saber salir a jugar con los demás a la rayuela, es poder irnos a dormir cada noche pudiendo contarnos un cuento sobre nuestras batallas ganadas y todo el amor que dimos y nos dimos, incluso con heridas y desaciertos.

Cada cual sana en el lugar en que decide poner el cielo de su propia rayuela, con sus propias tizas de colores y con la cantidad de saltos que quiera.



La última vez que estuve en soledad amé todos los rincones.

La sensación de aire que inundó mi vida en ese momento no la había sentido en muchísimos años.

Cerraron una puerta del lado de afuera que me abrió los pulmones.

Fue un bosque que brotó en el cemento.

La última vez que estuve en soledad fue tan deseada que sentí que quería vivir así toda mi vida.

Tanto aire -¡por dios!- ¿Cómo podemos acostumbrarnos a respirar dentro de un frasco sin romper todo?

A veces nos quejamos pero somos nosotros los que prendemos hojas secas en una habitación cerrada y nos tragamos el humo hasta que nos sentimos morir.

Hasta que decimos basta.

Y entonces llegaste vos

Y llenaste todo de aire con solo sonreír.

Vos hacés de mi cama un nido en el que cada noche me quiero acurrucar.

Estás conmigo sin romper nada, sin cambiar nada de lugar, sin siquiera insinuarme cómo tengo que vivir.

Y la casa con vos se convierte en abrigo y a su vez en campo abierto.

Y hacemos migas, de todas las maneras posibles y enredamos piernas y sábanas como una enredadera que busca llegar al sol.

Y llega.

Siempre llega.

Y aun amo mi soledad, que hoy es distinta. Amo las ventanas que le abrimos juntos a la soledad del otro.

Amo el respeto y el cuidado que nos tenemos.

Y la manera de romper todas las jaulas y apagar todo el humo de nuestro ayer.

Del ayer de cada uno por su lado.

Y entiendo que al final el amor no es más que soledades, hermosas soledades que se eligen, para hacer una canción que se parezca al viento cuando acaricia las hojas sin quebrarlas, como vos me acariciás el pelo.

Hace tiempo que perdí la capacidad de jugar a cualquier cosa y, al mismo tiempo, soy la primera que se pone a jugar con un pibito en el medio del barro.

No sé si es la edad pero ya no juego hace mucho a los juegos de "los grandes".

No sé cómo es eso que está de moda de hacer silencios para que el otro se interese, de hacer vacíos o contar mensajes para ver quién le contestó a quién.

No sé guardar las horas de algo que me explota en la garganta.

No sé fingir amor, ni guardarlo en un cajón.

Me muero antes de guardar silencio.

Ya no tengo paciencia para muchas cosas, por eso sé que, cuando abro mi alma, siento, percibo, intuyo, que del otro lado hay alguien que brinda el corazón como yo.

Difícilmente me equivoco hoy a la hora de abrir mi corazón, de desnudar mi alma, de decir sin tener que decir. De ser quien soy.

A veces digo estupideces como todo el mundo, que pondría en mil palabras, pero en el fondo del alma llevo la utopía de pensar que quien me ama sabe quién soy, y solo necesita mirarme a los ojos.

Me gusta jugar a la rayuela, a la payana y a tirarle bolitas de paraíso al pibe que me gusta.

Pero hay juegos que no voy a jugar nunca más, y no los juego desde que tengo memoria.

Por eso a pesar de los bardos de la vida, que es tan jodidamente hermosa, siempre me voy a dormir feliz, como si tuviera una cajita de maní con chocolate. Esa que me alcanzaba justito para dos, cuando se me caía un diente.

El diente era mío, pero el maní con chocolate lo compartía con vos.

No sé jugar bien.

Solo sé que no hago trampa.

Y con eso me sobra.

18

Amiga,

viste al barquito de papel escaparse por mis ojos cuando intenté con todas mis fuerzas no cerrarlos para contener el mar pero yo era de río.

Amiga,

viste mis dedos ajados y con tierra, de preparar un cantero que no se iba a llenar de flores nunca.

Amiga,

viste mi boca luchando con la mordaza que nos pone la incertidumbre de no saber cómo caminar, de no saber cómo dar un paso más.

Amiga,

me viste tocar fondo de la manera más hermosa del mundo, la que nos hace soltarnos al amor.

Amiga,

me escuchaste incluso cuando en lugar de música sentí un ruido blanco meterse en mi cabeza para nublarlo todo.

Amiga,

fui la peor versión de mí y vos viste la mejor porque, pase lo que pase, el amor se agradece siempre.

Amiga,

vos ya ves brillar mis ojos de nuevo
cuando yo ni siquiera puedo ver el sol.

Amiga,

¡gracias!

ese amor que siempre me decís
que es mi bandera contra todo lo vacío de este mundo,
también me ayudás a llevarlo vos.

19

Que te deje de doler

justito en ese lugar

que no le mostrás a casi nadie,

justito ahí donde desde hace tiempo

te invade el invierno

y en las noches cuando nadie te ve llorar,

le pedís por favor al sol, que vuelva a darte una tregua.

Que te deje doler ahí,

donde tus guirnaldas le temen al viento.

¿Te pasó alguna vez que en la cama al lado de alguien el simple sonido de su respiración no te dejara dormir? Algo así como el tic tac de un reloj que nunca para, o la gotita que no deja de caer de la canilla. Y las horas pasan lento, y los días. Y el tiempo pareciera desafiar las leyes y pesar.

No siempre podemos huir de los lugares donde nos apagamos.

A veces, primero, para salir hay que enfrentarse a eso, a las sensaciones, al hastío.

Huir repite, ya me sé la cantaleta de memoria.

Tapar también.

Entonces, a veces, el proceso es lento.

¿Cuántas veces nos sentimos invadidos y no dijimos nada hasta que un día nos despertamos y no podíamos respirar más? ¿Cuántas veces negociamos la libertad? Libertad de ser, de estar, de sentir. Porque también se puede estar libre, acompañado.

Yo creo que cuando ya no podés pensar ni siquiera en rozar al otro es porque el vaso está lleno hace rato pero la última gota siempre se evapora a tiempo.

La última vez que sentí todo esto entendí que muchas veces nos dormimos para soportar y que cuando despertamos con náuseas y depresión de alguna manera le dimos permiso a una secuencia de hechos totalmente carentes de amor.

Ahí está la cosa. Todo, por más mínimo que sea, todo eso que elegimos para nuestra vida, tiene que tener amor.

Incluso el que no sabemos cómo dar, pero amor.

Nunca rechazo, nunca celos, nunca invadir, nunca evitar el roce de otra piel, nunca detestar una compañía.

Muchas de esas cosas tienen que suceder para aprender y para después descubrir que existen otras maneras.

¿Si volviera para atrás volvería a vivir esa relación de mierda? Sí.

Si no la hubiese vivido no me hubiera luego contrastado con el amor real y la libertad.

El amor por mis espacios sagrados y mi cuerpo.

La posibilidad de dormir con aire y no con humo.

La posibilidad de detectar cosas que no quiero más.

A veces lleva tiempo irse, pero estoy segura que son lugares a los que no volvemos nunca más, aunque se presenten en otras personas para ver si pisamos el palito.

El amor es otra cosa.

El amor no nos da aire.

Ya tenemos aire.

El amor simplemente no lo quita.

El miedo nos aleja, a veces, de nosotros y de todo lo que amamos pero no sé si hay miedo más grande que el de no haberse conocido bien, aunque sea un poco.

No todas las burbujas pueden protegernos, los caminos que hagan otros por nosotros no pueden ser para bien, no hay peor enemiga que la creencia arraigada de que somos lo que nos dijeron, no hay monstruo más grande que la seguridad y perder la capacidad de dudar.

No hay nada que no pueda reinventarse, no hay nada que no pueda barajarse otra vez, no hay nada que la vida nos cuestione, los que nos cuestionamos somos nosotros mismos.

No todas las zonas de confort tienen flores, ni todas las burbujas reflejan el arcoíris.

Aprender a amarnos cuando aún con todas nuestras miserias, antes de irnos a dormir nos miramos al espejo y nos abrazamos mucho, con el alma, con el amor hacia quienes fuimos, a quienes ya no somos, a quienes somos ahora.

Aprender a amarnos cuando nadie nos ve, cuando a nadie le importa lo que tenemos para decir, cuando no tenemos que convencer a nadie y aun así nos agradecemos cada paso que dimos, cada sueño, cada sonrisa.

Aprender a amarnos cuando nos damos cuenta que dimos todo, por el amor, por la esperanza.

Y si así sucede todo lo anterior, no tenemos que probarle nada a nadie, ni explicar, ni aclarar que sentimos.

Lo que importa está cuando antes de dormir cerramos los ojos.

Ahí todo depende de si escuchamos música o ruido.

Lo importante es ser canción o, al menos, meter acordes.

Esa gente que hace bien,

que te manda un mensajito para saber si llegaste a casa.

Que te pasa una canción, un poema.

Esa gente que hace bien,

que te abraza, que te cura sin saberlo, que te acomoda la sábana cuando dormís. Que pasa a tomar un mate y querés que se quede la vida. Que te mira sin decir nada y te cuenta una ilusión.

Esa gente que te dice "contás conmigo"

y que sabés que pueden caer mil zombies y posta va a estar ahí haciéndote el aguante.

Esa gente que te hace bien al corazón,

que te hace sentir querida, elegida, acompañada, acá pegadita o en la distancia.

Esa gente que -como diría Don Julio-

si te caés, te levanta

y si no, se acuesta con vos.

Esas personas son todos los deseos de cumpleaños en uno...

que vale por mil.

Todo eso que somos, ese universo infinito, no lo tiene nadie.

Cada paso de nuestra vida en esta tierra, cada palabra dicha,
todo el amor que dimos y el que recibimos, son cosas irrepetibles.

Alguien podría intentar seguir nuestros pasos, uno a uno, y, aun así, sería totalmente otro mundo.

Todo eso que somos es energía, es especial, es un regalo.

Por eso es tan importante encontrar el propio camino: enfocar, aprender a vernos, a agradecernos lo que podemos y también lo que no.

Irnos de donde no podemos ser es un acto de valentía.

Todo eso que somos no lo tiene nadie

Tenemos nuestro propio camino, nuestro aprendizaje, nuestros tiempos y maneras.

Tenemos nuestra propia brújula, esa que apunta la guía en el pecho cuando nos quedamos en silencio, mirando para adentro, para después abrir los ojos y caminar.

Siempre.

Caminar.

Nuestro universo.

25

Del dolor, de ese fondo tremendo lleno de barro, salen cosas maravillosas.

Sí, estando ahí, es como ese dolor de muela que te hace llorar y lo único que querés es que te la saquen.

Quizá con la muela funciona.

Con este dolor no.

Hay que trabajarlo, hurgar, aguantar la respiración.

Llorar, llorar como si nunca se fueran a acabar las lágrimas.

Sentir la cabeza latiendo y los ojos ardiendo.

El corazón en carne viva.

El alma quebrada.

Y ahí, cuando ya no podés más, entendés.

No todo, entendés solo esa parte que necesitás justo en ese momento de tu vida.

Ahí sentís ese calorcito de abrazo amigo en el medio del pecho.

Ese abrazo que te das vos diciéndote “dale que vamos de nuevo a vivir”.

Volver a nacer un poco.

Y el barro se seca y de todas las grietas salen mariposas que acaban de dejar de ser orugas.

Y vuelan.

Por favor, ¡mira cómo vuelan!

26

Es muy necesario

perderse para encontrarse.

Amarnos hasta los fantasmas,

sacarnos esas curitas que solo tapan,

dejar que las viejas heridas cicatricen

y volver a correr las cortinas

para que entre el sol.

Y de noche sentarnos

a contar estrellas.

No tengo fórmulas para nada, creo con todo mí ser que la única fórmula posible es hacer las cosas con el corazón. No puedo ni ordenarme los pelos en la cabeza, menos me voy a ordenar la vida.

No creo en nadie que me diga cómo vivir, cómo sentir, cómo sanar, cómo crecer. Creo en mis pasos y en esa gente hermosa que me acompaña, en las buenas y en las no tanto.

Hablo desde lo que viví, y me he cruzado con mucha gente en la vereda de mi vida que siente igual que yo, y eso es coincidir, pero creo que todos tenemos derecho a elegir nuestro camino y nuestra manera de vivir.

De vivir el amor, las heridas, los duelos, la tristeza, la alegría.

La única certeza es que la vida es un instante. Es un regalo. Veamos qué hacer con eso. Y que cada cual la viva a su manera según los deseos de su corazón. Después de todo, nos vamos siendo el amor que damos.

Y, si somos eso, nunca nos iremos del todo.

28

Que en cada lugar antes de irnos
podamos dar las gracias y seguir
gracias por cada paso
por cada aprendizaje
por cada sensación
pero sobre todo gracias a la vida
por todo aquello que será
por todos los caminos llenos de sol
que no imaginamos nunca.